

# Soledades

Paqui Romero

Miembro de SOLITEC

Del sueño de la inconsciencia desperté una tarde de verano para acompañar tu vida rota.

**L**a vejez y un trastorno mental, impedían a Manuela coordinar su cuerpo y su mente de forma equilibrada y coherente, de manera que pasaba la mayor parte del tiempo sentada o echada en la cama. Su única familia, una hija, pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa.

Escuchaba sus incesantes gritos desde el baño o la cocina, improvisadas trincheras en que se ocultaba mi impotencia. ¡Oh la locura!

*Cabalgando a lomos del delirio  
Por un sendero de turbia fantasía,  
Ausente la mirada,  
Fría la risa.  
Compañera locuaz del desatino,  
Consejera mordaz en desamores...*

Con ella comprendí que ideas y palabras pueden romperse, expresarse en el más caótico desorden en un desesperado intento por querer decir algo, pues el comunicarse, ser escuchado, es seguramente la razón más profunda del ser humano.

Cada mañana levantaba a Manuela de su cama después de haberla aseado. En una silla de rue-

das la llevaba al comedor y la dejaba junto a la mesa, cerca de la ventana, para ir por el desayuno.

Satisfacer las necesidades básicas del otro se convierte en no pocas ocasiones en la única vía de comunicación, o en la más efectiva, para sacarle de su aislamiento. Pero Manuela «no podía cruzar el puente que conduce a la otra orilla». Insensible a gestos y caricias, perdida y sola se quedó en su noche.

Misterioso y oscuro camino el de la locura, tupido velo que cubre lo genuino del ser, invisible muro de silencio levantado por la incomunicación ante el cual, las acciones, el cuidado, etc., quedan reducidos a actos de pura mecánica y uno se pregunta constantemente dónde está el otro.

\* \* \*

Valencia, habitación 306 del Hospital Nuestra Sra. de la Esperanza. Tarde calurosa de verano. Me hallaba junto a la cama de un anciano enfermo, aspirador en mano, tratando de impedir que muriera ahogado por sus continuos vómitos. Difícil situación, pero él parecía ausente.

En un rincón de la habitación, alejada de la cama del anciano,

permanecía de pie, distante —no por la distancia que la separaba— su secretaria. Con mirada atónita y fría observaba a su yacente jefe, como quien se niega a dar crédito a lo que ven sus ojos.

Después de varios intentos, lo único que conseguí conocer del paciente en aquella tarde interminable fue su nombre, pues figuraba en la cabecera del historial médico: D. Julián Ríos, y un breve comentario de su silenciosa secretaria, por la que supe que había ocultado su enfermedad durante más de un año y que nadie había imaginado tal desenlace.

Apenas nada más pude obtener de aquella mujer, nada que me ayudara a conocer un poco a la persona a la que sólo me unía un aspirador y el incontenible deseo por comprender la razón de su situación y la actitud de permanente silencio en el que se mantenía D. Julián. Sabía, como el resto del personal sanitario, que no se hallaba inconsciente, pero mis intentos por atraer su atención y obtener alguna respuesta fueron nulos. No pude ver el color de sus ojos ni escuchar el tono de su voz.

Su secretaria apenas se ausentaba de la habitación: atendía las numerosas llamadas en su habitual tono frío. Me llamaba la atención

que ninguno de sus interlocutores preguntase directamente por el paciente, más bien parecían interesarse por asuntos de negocios. De esto deduje que el anciano era un empresario valenciano. Sin embargo, en el crítico momento en que se debatía ente la vida y la muerte, se encontraba solo. Sólo una persona fue a visitarlo durante el tiempo que estuvo hospitalizado.

Paciente y fiel hasta la muerte, la secretaria permaneció atenta a todos nuestros movimientos en la habitación, y no dejó de contemplar el casi desaparecido cuerpo de su jefe.

D. Julián Ríos estuvo consumiéndose sin pronunciar una palabra, ni siquiera el dolor inherente a su enfermedad logró arrancar de sus labios una sola queja. Pocos días después moría sumido en el silencio y la soledad. La madre tierra acogió los escasos restos (la mayor parte de su masa corporal desapareció en esos pocos días de agonía) de aquel ser humano que seguramente encontró más calor en ella del que pudo sentir en su ajetreada vida. Supe después que tenía hijos...

\* \* \*

Hemos conocido numerosos casos de ancianos y enfermos que, por una u otra razón, han vivido solos su ancianidad o enfermedad, total o parcialmente. También son muchos los que son acompañados y cuidados por su familia en condiciones de gran abnegación por parte de ésta. Hemos escogido a estas dos personas por ser de los primeros enfermos que atendimos y porque seguramente su situación ha sido muy significativa en nuestra vida. Con ellas como imagen de fondo, intentaremos hacer una reflexión acerca del sin sentido en que vivimos y nos movemos en nuestro mundo actual, particularmente en la cultura posmoderna de la que tanto alardeamos los oc-

cidentales. Es característico de esta cultura la negación y el ocultamiento de los estigmas de la muerte presentes en la vejez, la enfermedad, las discapacidades, etc., y el aislamiento, incompreensión y falta de asistencia que sufren infinidad de estas personas y las familias que deciden albergarlas en su seno.

La filosofía y la psicología, apoyadas en estudios arqueológicos e históricos, nos muestran que la primera manifestación de *ser humano* entre los homínidos, lo mismo que la madurez en un niño, aparece con la conciencia de la propia finitud, del descubrimiento de que un día morirá, desaparecerá, con la angustia que le produce la posibilidad de separarse de los seres más queridos: los padres, los amigos... Es este hecho, esta conciencia lo que le impulsa a buscar un sentido a la vida, a diferencia del resto de los seres vivos que carecen de él y se preocupan únicamente por las funciones alimentarias, reproductoras, etc. La muerte los encuentra en cualquier recodo del camino y por supuesto sin ningún interrogante que plantearse ni diálogo que mantener ante la llegada de la imprevista visita. Por el contrario, se ha convertido en el gran tabú de nuestros días, del que sólo es posible hablar en el marco de la eutanasia, cuestión muy puntera por cierto, sin duda más ligada a intereses político-económicos que al derecho a una vida digna. Para comprobar esto basta con dar una rápida ojeada al destino y distribución de los presupuestos del estado, o al precio exagerado de accesorios y equipos necesarios para el cuidado, atención e integración de ancianos, enfermos y minusválidos en relación —e intentando seguir la lógica vigente— con los diseñados y comercializados para actividades de ocio y tiempo libre, cuyos precios son generalmente mucho más asequibles que los destinados al sector ante-

rior. Una «barra» o agarradores para cuarto de baño adaptado (dependiendo de su forma y función) puede oscilar entre las 25.000 y las 40.000 pts, un audifono (dependiendo igualmente de sus características), entre unas 100.000 y 300.000 pts. En el sector de tiempo libre, una buena cámara de fotos puede adquirirse por una suma de 60.000 pts y un traje especial para la práctica del barranquismo, por unas 20.000 pts. La lista podría ser más completa y significativa.

En semejante entramado político-económico y social cualquier persona consciente, reducida por la enfermedad, la discapacidad o la vejez, se sentirá fuera de lugar, una carga para la familia y la sociedad y aceptará, no sin un profundo sentimiento de amargura y decepción, el discurso, la posibilidad o la perspectiva de la eutanasia como la salida «más digna» a estas situaciones —en el colmo del cinismo— de no pocas almas caritativas dispuestas a colaborar en tal acto.

Curiosamente, en estos últimos años del milenio que ya concluye, nuestra cultura occidental parece enlazar su visión estética del ser humano con la de los antiguos griegos. Una estética basada en la armonía de las formas, donde el fracaso (en cualquiera de sus manifestaciones) y la decrepitud a la que puede conducir la vejez o la enfermedad, llegaba a ser solventada con el suicidio. Pero a diferencia de éstos, los actuales adoradores del cuerpo y del disfrute como única meta, desconocen las actitudes morales y científicas de aquellos: el afán por conocer, ir más allá de lo que se ve, búsqueda de la verdad, y la consideración de que la belleza engloba la práctica de la justicia y de la bondad en sus múltiples concreciones.

Nuestra experiencia personal en el contacto con el mundo de ancianos y enfermos nos ha muestra-

do que, si bien es verdad que el perfil humano se desdibuja en muchas ocasiones por la acción de los años y de la enfermedad, con lo que ello conlleva de achaques y disfunciones, no es menos cierto que son estas mismas circunstancias las que conducen a muchas personas a plantearse el sentido de la vida y su propia dignidad, luchando por vivir una vida más ple-

na y humana, más auténtica, despojada de tanta superficialidad que ofusca y destruye la dignidad humana más radicalmente que la vejez o la enfermedad, pues *somos* en la medida en que podemos ser para los demás y en que los demás *son* para nosotros. De otro modo quedamos reducidos a la nada, a la soledad, al aislamiento. Configurándonos en seres fácilmente ma-

nipulables, sin identidad, huérfanos de humanidad, sin vínculos, relegados a la categoría de objeto, repletos de consumo y bienestar, con una visión desenfocada de la realidad. Nos embarga la sensación de estar siempre abrumados («quemados»), pues sin consistencia sólo queda placer sin alegría. Sin sabiduría no se saborea casi nada.

## Testimonio desde la ancianidad enferma

### Quidam

Los enfermos que reciben este sacramento, (la Unción) uniéndose libremente a la pasión y muerte de Cristo, contribuyen al bien del pueblo de Dios... por la Gracia de este Sacramento contribuyen a la santificación de la Iglesia y al bien de todos los hombres...

*Catecismo de la I. C., n° 1522*

Estoy atrapado en el dolor; estoy viviendo la experiencia de un dolor humanamente sin sentido: el médico me dijo: «Ud. lo que tiene que hacer es pedir a Dios, que bueno está que me muera, pero que no me deje tonto».

En definitiva la única salida es SALIR, pero esto es LLEGAR.

Hoy comprendo al no creyente sin salida: al suicida para acabar en NADA, ¿que sentido tiene vivir más en el dolor?

POR ELLO: Tú, Señor, eres mi única salida. Tu eres el único sentido del dolor . ¡Tú eres, pues, la ESPERANZA.

Ahora, por la Fe, yo siento, experimento, que yo no salgo a la NADA, sino que llego a la VIDA.

¡Y el dolor se transforma! Y es esperanza ansiosa al ALUMBRAMIENTO, que presiento, ¡a la verdadera VIDA!, que presiento como

un ALUMBRAMIENTO Y LOS DOLORES SON VIVIDOS COMO DOLORES DE PARTO DE MI VERDADERO «YO» a la LUZ, feliz, para el que me creaste Tú, por AMOR.

Y la vida temporal, el sufrimiento mismo tiene sentido y la muerte es experiencia de RESURRECCIÓN:

¡¡GRACIAS Jesús, gracias Dios mío!!

Así, pues:

¡¡En Tus manos encomiendo mi espíritu y el dolor Te lo ofrezco, en Cristo, por los que no creen, por los que, por ello, pueden morir DESESPERADOS!!